

RENOVACIÓN ESPAÑOLA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SUMARIO

Las obras y los días, por «Xenius». — Heroica, por M. Álvarez Cerón. — Los poetas de la humanidad, *Enrique Heine*. — Educación nacional, por Eloy Luis André. — Apuntes del camino: *La campaña romana*, por L. Martín-Granizo. — Política exterior, por M. de Palacios Olmedo. — Crónica de la guerra, por «Zeppelin». — Antología. — Los libros, por J. Antón. — Teatros, por Don Lope. — Los profetas de la guerra. — De la semana.

EN TRAFALGAR SQUARE.



20 págs.

¿La paz? ¡Nunca, mientras el enemigo nos deje sin arrasar un pedazo de tierra... francesa!

20 cts.

LECHE PURA DE VACAS

ESTABLOS EN GALAPAGAR (Sierra de Guadarrama).

60 céntimos LITRO, servido a domicilio.

UNICO DESPACHO EN MADRID

LECHERIA DE LA BOLSA

Juan de Mena, 2 (Palacio de la Bolsa de Comercio), teléf. M-4322

BERNARDO ZAPICO

INGENIERO

Explotación de carbones

LEON

ESCUELA ALEMANA DE IDIOMAS

Alemán, Francés, Inglés, Italiano, Ruso, Portugués, Holandés y Árabe vulgar marroquí.

Profesorado internacional.

Método especial, éxito seguro.

HILERAS, 10 (esquina a Arenal)

RENOVACIÓN ESPAÑOLA

MADRID, 26 DE FEBRERO DE 1918

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

: — : AÑO I — NÚM. 5 : — :

LAS OBRAS Y LOS DIAS

El sentido de la variedad

No seamos injustos con el año 1917. Muchos males nos trajo su paso fiero y fugitivo; algún bien... El bien precisamente que, a su nacer, le pedía yo para España, sin atreverme a esperar demasiado.

Recuerdo que por aquellos días el veterano periódico de Zaragoza, *Heraldo de Aragón*, solicitó de algunos escritores y políticos españoles palabras de augurio. "¿Qué desea usted y qué espera para nuestra patria en el año 1917?", nos preguntó. Triste señal mostró el horóscopo a la mayoría. "Deseo mucho y espero poco", contestaba el Sr. Lerroux. "Deseo mucho, nada espero", encarecía Jacinto Benavente. "No se logrará en España mi deseo", vaticinaba el maestro Bretón. Y D. Antonio Maura argüía: "Hallar juntos en la pregunta el *desear* y el *esperar*, estorba la respuesta".

Ofenden a las buenas hadas y a los años niños la desconfianza y la falta de fe. Más vale ganar su sonrisa con la ingenuidad de la ambición que provocar sueño con la expansión del desaliento. Yo quise, pues, solicitar un don concreto que podía ser un don magnífico. Por gracia de Dios —fué, poco más o menos, mi respuesta—, lo mejor que podría acontecerle a España en el año nuevo (mejor que la conquista de unas Indias que, sin eso, volverían a perderse muy pronto, mejor —siguiendo el paralelo carlyliano— que el nacimiento de un Shakespeare, que perecería probablemente en la flor) sería que viniese a adquirir todo nuestro pueblo el *vivo sentido de la variedad*, y que prendiese en los corazones españoles, no sólo la tolerancia ante la variedad, sino un encendido gusto por ella.

Pero hartó sabía que ganancias así no son para esperadas en sólo un año. Y por eso me limitaba a votar por que en el transcurso del año que empezaba algo viniese a demostrar, en las ideas y en las instituciones, un avance de aquel sentido y un avivamiento de aquel gusto.

¿Escuchan alguna vez las buenas hadas y los años niños el voto de los mortales oscuros?... Sólo puedo decir que, entre la confusión de las horas, algo nuevo aparece ya a nuestros ojos como adquisición definitiva en el común acervo espiritual y político de las Españas: la reviviscencia sincera y voluntariosa de la vieja idea federal; la cordial convicción de que a la hermandad nada estorba la diferencia.

La vida no es sueño

Arriesgo la siguiente definición: *Despertar es sentirse distinto*. Y tal vez me atrevería a esta otra: *Sentirse distinto es despertar*... Sí, porque hay una manera de despertarse, un *despertar continuado*, distinto del acto único, artificialmente recortado en el natural fluir, que puede el fisiólogo estudiar. (Aunque por ahora, ni eso estudian los fisiólogos bien.)

¿*La vida es sueño*? No importa. *Mi vida*, de todas suertes, no es sueño. *Mi vida* es todo lo contrario que un sueño. *Mi vida* es un estarme despertando sin tregua.

Junto a mí está aún el libro de Arturo Farinelli, que comenté hace poco. De su lectura puede sacarse que la fábula del durmiente es un mito universal, hijo del total Espíritu, figuración espontánea e inevitable en la mente del hombre. Pero si nos detenemos un poco creo que llegaremos a apreciar dondequiera florece este mito, un origen oriental o una infiltración oriental. "El sueño de la vida" es un mito *local*, un mito de Oriente. No forma parte de la historia del Espíritu, sino —me atrevería a decirlo— del folklore.

Para el occidental, para el occidental genuino, la vida no es sueño: la vida es arte.

El dominio de los sueños

Es más: el mismo sueño puede llegar a ser un arte para el occidental.

Hervey de Saint-Denis, un autor francés, había alcanzado un completo dominio sobre las imágenes que poblaban sus noches. Profesaba, no el arte de interpretar los sueños —pobre arte, y oriental todavía—, sino el arte de dirigirlos. Vivía así, en la mitad de su vida, absolutamente según deseo: era el poeta libre y perfecto de su propia novela.

Sin embargo, aun en este caso, la *poesía* en sueño no se confunde con la *creación*, que es la vida. Quien sueña, sabe siempre, en definitiva, que sueña... Me interesa mucho, en este respecto, una página del nuevo escritor Alfonso Reyes, en su reciente libro de ensayos *El Suicida*.

Policía pecuaria

Mucho se ha hablado, y con aspereza, contra *los rebaños de carneros*.

¡Pero no se diga que *las desbandadas de carneros!*...

XENIUS.



Un pueblcito de Castilla.

J. T. Merquina

(Dibujó de J. T. Merquina)

HEROICA

A la resurrección de una robusta
raza, madre de los creyentes y los
Conquistadores.

He aquí resucitada la raza de los cides.
Ha rugido el León...
Pontífices de Marte, magnánimos alcides,
¡templad flechas y dardos en vuestro corazón!

En un mundo, otro mundo.

Los arcaicos anales

describen la aventura de Cristóbal Colón.
Otro Colón predican los signos siderales...
¡Izad flámulas, velas
e insignias, carabelas!...
¡Paso al primer galeón!...
Un novísimo Otumba vendrá sin Noche Triste...
Será hermano el pampero, será hermano el azteca...
Revivirá en los Andes cuanto existió y no existe,
locura de conquistas que latente persiste...
Y, bajo el casco de oro, de un moderno Babieca,
el inhóspito y rudo cráter del Chimborazo
circundará de flores su mole colosal,
capitel formidable de un reino colonial,

donde un cóndor con zarpas felinas, de un zarpazo
incruste en el escarpe la corona imperial...

En el Ganges, España... En el Thibet, Iberia...
En Egipto una esfinge de figura leonina...
Por el sagrado Nilo, como por una arteria,
circulará a torrentes nuestra sangre latina...

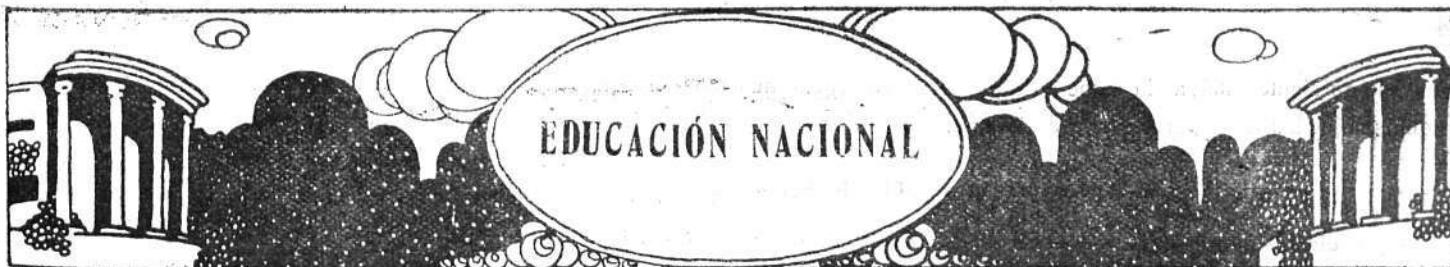
También los tatuados reyezuelos lacustres,
sus lagos misteriosos nos tienen de ofrendar,
y, en Europa, una estirpe, de guerreros ilustres
sueñan poner su planta de nuevo en Gibraltar...

Los Reconsquistadores quieren más para Hispania,
un único y potente cetro peninsular
y verter en los rojos surcos de Lusitania
el germen efusivo que nos ha de hermanar.

... Y un pájaro mecánico
volara sobre el Globo lo mismo que un satánico
engendro del Dragón...

El Sol asciende al Orto del poderío Hispánico...
Cara al Oriente, afila sus uñas el León.

M. ALVAREZ CERÓN:



¿Hacerse «hombre» o forjar un «nombre»?

Jóvenes de veinte años, los que en el año terrible del 98 visteis por vez primera la luz del sol, abrid bien los ojos y poner atento el oído: La lucha, que presenciáis desde lejos, esa guerra, que a pesar vuestro, templa vuestro espíritu, al calcinar la escombrera de civilizaciones caducas en su incendio devastador, os está enseñando una generosa lección de cultura.

Valórate a ti mismo.

Antes, el imperio de la ficción, el histrionismo en todo; ahora el triunfo de la realidad —brutal, inexorable, pero sincera— sobre las mentiras caducas, sobre los engaños marrulleros.

Tenéis limpio el corazón. ¡Que no se os nublen los ojos! Hay cantos de sirena, que hace naufragar el navegante distraído. Del mar sólo se triunfa, caminando sobre su lomo. Tenéis la perspectiva de un ideal humano en vuestras almas y en vuestros corazones, llenos de lozanas alegrías y de entusiasmos fecundos; os han enseñado en las cátedras de filosofía este aforismo: *nosce te ipsum*. La guerra os enseña este otro, predicado mucho antes de la guerra por Max Stirner: *valórate a ti mismo*.

Acción y contemplación.

Los pedagogos de viejo cuño os rellenaron la mollera de nombres y de textos. Su misión era la de trasegadores del vino viejo de los odres viejos, al odre nuevo de vuestras almas immaculadas. Al fin y al cabo el ideal contemplativo de un Sócrates, podría llevaros a meter el pico debajo del ala, a exploraros a vosotros mismos, viendo, a lo sumo, cómo en vosotros se refleja el mundo.

El espectador suele llevar un perezoso dentro, o un cobarde para las grandes inmersiones espirituales, o para las grandes transgresiones cómicas. ¡Cuánto mejor es impregnarse de la vitalidad del Universo y darse a él en holocausto de la vida eterna! ¡Cuánto mejor es documentarse en la acción por la experiencia, que forjar experiencias *a priori* en la inacción! Si ésta puede llevarnos a vivir la vida en un solemne bostezo académico, es incapaz de inspirar a las almas y en contacto con la nuestra se ponen nuestras intimidades, nuestras inquietudes, nuestros ideales, los más hondos recobecos de nuestro propio ser, en pura y sencilla diafinidad, en sincera comunión espiritual que edifica, conforta y regenera.

Ficciones y valores.

Dos tipos de vida en disyunción: *ficciones* y *valores*. Hay que escoger: o ser decorativos, comediantes, mentirosos, sofistas, pedantes, embaucadores; o ser hombres representativos, protagonistas reales de las tragedias vivas de la existencia, sinceros, amantes de la verdad, sencillos y generosos —y también crueles— al

comunicarla o al imponerla; de ella acérrimos defensores, siempre apóstoles, siempre cruzados.

No hay alternativa: o nos proponemos hacernos hombres o forjar un nombre; o aspiramos a valer o deseamos soñar; o proseguimos el éxito o laboramos por el prestigio; o nos fascina el ruido o nos enamora el silencio. Y así seremos, o de la gente que *bulle* o de la gente que *vive* en el sentido de Espinosa, con la noble ambición de ser cada vez más, de hacer nuestra la eternidad en forma eterna de conducta y de carácter.

¡Ser o parecer! ¡Realidad o apariencia! ¡Aflorar a la vida o dejarse moldear por ella! ¡Crear valores propios o cotizar valores ajenos! En un caso seremos el sello de bronce que imprime relieve a la cosa dócil, la mano que esculpe, el espíritu que caracteriza; en otro caso seremos el elemento femenino de la vida, adjetivado a la dirección o pensamiento de los grandes, pequeños y medianos conductores de la humanidad.

Hidalgos o escuderos.

Venimos a parar, pues, a que el ideal de vida que nos tracemos trasciende necesariamente a una clasificación fatal de *hidalgos* y *escuderos*, según Cervantes; *esclavos* y *señores*, según Federico Nietzsche. Porque sólo se vive la verdadera vida cuando está basada en la libertad de espíritu, compañera inseparable de la verdad.

El gran poeta alemán Hebbel, citado por Gurlitt, ha dicho: «¿Qué nos cuesta más caro, la verdad o la mentira? Esta exige en precio la persona, aquélla nos trae, gastando lo mismo, la felicidad.» Muchos maestros de sinceridad he conocido, que la presentan con los labios y la tienen prisionera en su corazón. El zorro, cuando quiere, parece al perro que esconde la cola.

Las tres dimensiones del carácter.

Oímos pregonar todos los días: *hay crisis de hombres*. Pero, ¿quién los hace? Los pocos autodidactos del propio carácter no se cotizan en la feria de los discretos o mediocres; se acorralan en la despensa de los tontos, o se enjaulan en la soledad, para que resulten inofensivos y se mueran de asco, haciéndoseles entierro de primera con panegírico. Eso es una burla sangrienta.

El empeño en formar caracteres en la juventud exige cierto ascetismo en ella y en sus maestros, circunspección, recato, religiosidad, cordialidad; aglutinantes necesarios del que aprende y del que enseña. Las tres dimensiones del carácter son: *fortaleza*, *corazón* e *inteligencia*. Hacer un hombre y hacerlo de pies a cabeza, sin castrarle las cualidades innatas del carácter — el carácter inteligible, que diría Schopenhauer—, para formar en él, por una falsa educación mental, un carácter empírico *ad libitum* del educador, un producto de troquel y no un rosa! producto de simiente.

La escuela ha de ser más semejante a un campo de cultivo, a un jardín, que a un almacén de productos alimenticios, de esa harina lacteada del espíritu, que es el pobre recurso a que apelan las no-

drizas que no sienten manar la leche en su seno, para regenerar el raquitismo de los vástagos engendrados sin amor y sin fortaleza.

Las tres dimensiones del renombre.

Las tres dimensiones del renombre son: *vanidad, cobardía y falta de ingenio*. Me refiero al renombre que se busca, no al prestigio que lo engendra y ennoblece. En el insensato, que sólo se preocupa de que hablen de él, llegando muchas veces al asesinato, precisamente para que hablen, predomina un falso instinto de vida y prevencencia, sobre la confianza en sí mismo, cualidad inseparable del hombre de carácter.

Suele ser astuto y abrigar instintos de parásito aquél, así como en éste se manifiestan espontáneamente sentimientos de sinceridad y generosidad. Inclina la cabeza y doblega la cerviz, indicando ésta en su tendencia a la horizontalidad el grado de inteligencia. Es un destructor de energía, el primero, y un creador de valores, el segundo.

Si el cultivo del renombre se toma en antropofagia, primero, y en autofagia, después, y el cultivo del *ser, del carácter*, da significación y valor verdadero a la vida, ¿por qué no cambiar de rumbo? ¿No hay caracteres porque no se cotizan, o no se cotizan porque no los hay, y no los hay porque no se hacen?

Los maestros del carácter.

Pollinos cargados de erudición, de falso saber, son muchos, que nuestro mundo social admira como sabios. La memoria, que es la inteligencia de los tontos, es para ellos un oráculo, mientras que para el hombre de talento se convierte en sarcófago de ideas vivas.

Si un pueblo carece de capacidad estimativa del verdadero carácter, si en vez de admirar envidia, si en vez de aunar, impide una laboriosa ascensión, no hay que culparlo a él, sino a los directores de su vida, de su cultura espiritual.

Con maestros esclavos, los romanos, señores en el arte de la guerra, sólo lograron esclavizar el propio espíritu a la cultura griega, hija de la espontaneidad, de la libertad, del espíritu poético que no consiente tiranías.

Los verdaderos maestros, para formar el carácter, además de un maestro por lo menos que lo tenga, son: la adversidad, el dolor, el amor y el trabajo como crisol ascético que los funde en una firme confianza en sí mismo, en el ansia de vencer que desprecia del adversario el halago seguro del propio triunfo.

Los grandes mentores de los individuos que eligen una profesión son sus hombres representativos. Los grandes mentores de los pueblos deprimidos o degradados son esos pueblos representativos, que llenan con su nombre y con su esencia la historia Universal, por haber creado o dado forma a una cultura y que se llaman pueblo judío, pueblo griego, pueblo romano, pueblo alemán, pueblo español.

Los peligros.

Para quien comienza a vivir, los mayores peligros son el éxito fácil, la vida fácil, el bombo mutuo, el socorro mutuo y la excesiva protección ajena y el engaño.

El gran químico alemán Guillermo Ostwald solía criticar en

sus discípulos el que las cosas les hubiesen salido demasiado bien o el haberlas encontrado demasiado pronto. Entre nosotros, los niños de la bola suben porque flotan, no porque pesan. ¡Cuántos niños de la bola, rodando, rodando hacia las alturas, al llegar a ellas, sienten vértigo y descienden por las grandes laderas de la vida social como si fueran cantos rodados! ¡Cuántas eminencias se hunden con la fotografía y el rotativo, que no resisten el más ligero choque de la adversidad, compañera inseparable de los inmortales!

El balance.

Toda la vida del pueblo español es una anteeducación en la adversidad. Cuando más muerto parece el ideal, la adversidad lo hace retoñar y da nuevas cosechas de frutos y de flores. Esos desgraciados, que juegan con el engaño, que suman a su estatura la de su sombra, que saben colocarse en las perspectivas sociales, para que todo el mundo los vea, admire y aplauda, esos hombres de escaparate, que todo lo vinculan en que el nombre suene, son las primeras víctimas de la mentira. Porque hay muchos que comienzan por hacer ver a los demás lo que no son y haciéndoselo creer, terminan siendo engañados por sus propias mentiras.

Hagamos, pues, un balance de todos los valores y de todas las ficciones. La guerra actual sirve de cernidora. Quien quiera coger cosecha rechace la zizaña.

Ideal de vida.

La vida se nos presenta como esencia y no como mera forma. Todo papel de comedia que en ella representemos será germen de hondas tragedias para nosotros o nuestros hijos. Lo que da significación y valor a la vida es el *ser dardo al ser plenitud*, contenido, energía, potencia creadora, carácter. Lo que más nos fascina a los veinte años, no es el perfume de la rosa, sino el color, y hay muchas flores en el jardín que tienen color y que no tienen aroma ni simiente.

Quien comienza a vivir su vida con seriedad, con serenidad, con confianza en sí mismo, tarde o temprano ha de triunfar. Decía Napoleón que el mundo era de los flemáticos. Los flemáticos que derrotó en Jena, le vencieron en Sedán.

El ideal de vida espiritual para quien quiere hacerse hombre ha de ser éste: serenidad, confianza en sí mismo, dominio de sí mismo, criterio propio, magnanimidad, fortaleza, nobleza, hidalguía, pureza de intenciones, inspección clara, sencilla y perseverante de la realidad, que ha de vivirse removiéndola, recreándola, interés por todo, por lo humano, lo natural y lo divino, piedad para los débiles, ayuda para los vencidos, valor para la adversidad, amor para el trabajo, desdén para los cobardes, emulación para el vencedor, cálida cordialidad, humanidad generosa, buena voluntad para todo. *Vivirlo todo, vivir en todo y serlo todo.*

ELOY LUIS ANDRÉ.

Toledo, 18 Febrero 918.

Ha entrado a formar parte de nuestra Redacción el ilustre catedrático de la Central, D. Antonio Ballesteros, que se encargará de la sección de «Historia».

LOS POETAS DE LA HUMANIDAD

ENRIQUE HEINE

Nace Enrique Heine en Dusseldorf en 1799; muere en Paris en 1856.

Es judío, y la cristiandad le rechaza; es pobre, y la alta banca judía le repudia. Su vida gira oblicuamente alrededor del eje truncado de un idilio roto... Arrastra desde la adolescencia su alma coja, por accidente de una caída espiritual. Pero su paso desigual tiene ritmo y su amargo quejido lleva armonías. La niña fría y convencional que le hizo desgraciado, hizole poeta. No canta, ni gime; ríe de amargura, y el hilo sutil de su ironía pasa por el oído divino de todas las almas exquisitas, ensartándolas en la inmensa cadena del dolor de amar...

Heine, poeta del amor, tiene afinidades espirituales con todos nuestros poetas subjetivos del siglo XIX, singularmente, Campoamor y Becquer. Significan Becquer, Heine y Campoamor, los tres momentos del subjetivismo como poesía del desengaño: tristeza (dolor sin odio), amargura (odio dolorido, irónico) y filosofía (alegría póstuma del dolor).

Heine es la paradoja: como poeta, un lírico trágico; como prosista, un romántico irónico.

Dramaturgo fracasado y épico mediocre, alcanza la primera categoría entre los poetas líricos del mundo, con su ciclo: El Intermezzo, El regreso a la patria y las Baladas.

CANCION

(Habla la Cabeza).

¡Quién fuera el taburete afortunado
Donde apoya sus pies la amada mía!
¡Bien pudiera pisarme, que yo nunca,
Nunca me quejaría!

(Habla el Corazón).

¡Quién fuera el acerico donde a veces,
Ella sus alfileres asegura!
¡Bien pudiera punzarme, que hallaría
Placer en la tortura!

(Habla la Canción).

Donde coge sus rizos perfumados,
¡Quién fuera, quién, el papelillo estrecho,
Para al oído suspirarle todo
Lo que siento en el pecho!

EL MENSAJE

¡Pronto, paje! Ensilla y monta
Mi más ligero corcel,
Y a través de selva y llano
Vuela al palacio del Rey.

Pára en la cuadra y pregunta
Al caballero fiel,
Cuál es la que hoy se desposa
De las dos hijas del Rey.

Si dijere: "La morena",
¡Corre la nueva a traer!
Si: "La rubia"... no hay apuro,
No corras, no hay para qué.

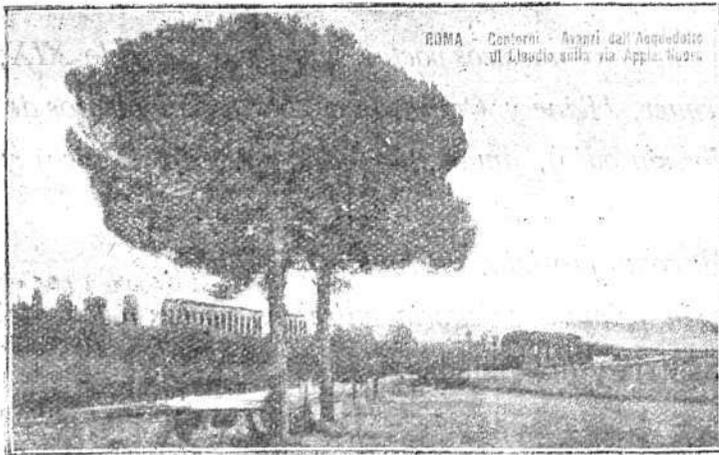
Mas, de paso, cuando vuelvas,
En la tienda te detén
Del cordelero, y callado,
Cómprame y tráeme un cordel.

(Traducción del alemán por A. Pérez Bonalde.)



LA CAMPIÑA ROMANA

En tiempos del imperio, como los rayos de un sol refulgente, en varias direcciones partían de la ciudad un sinnúmero de célebres vías que iban a perderse en todo el mundo entonces conocido. Restos de estas vías magníficas, que tantas veces golpearon los



caballos de guerra, los carros de las cortesanas y las cadenas de los vencidos, son esos trozos restaurados que actualmente existen de la *via Nomentana*, de la *Tiburtina*, de la *Tusculana*, de la *Latina*, de la *Appia*, y de tantos y tantos otros que la reja del arado borró.

Cada una de estas vías, hoy como antaño, poseen un carácter propio, una fisonomía peculiar. Todas ellas salen de la ciudad como apocadas, aturcidas, tímidas entre tanta grandeza. Pero cruzan las puertas, y aun al principio tienen temblores de duda, momentos de vacilación, oscilaciones inexplicables, pero luego... luego dejan atrás las últimas casas, ven el campo de cerca, sienten la bárbara atracción del horizonte inmenso, y se lanzan valientes con violencia juvenil, saltando riachuelos, escalando montañas, balanceándose en los valles, a la conquista de lo ignoto.

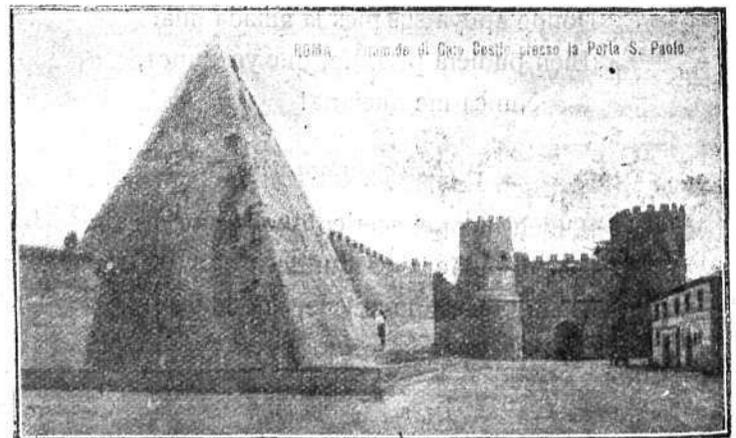
Entre todas estas vías, la que a mí más me agrada, es la *Via Appia*. Esta vía es sin duda la más elegante, la más severa, la más decidida. Ya en lo antiguo era llamada la «Reina de las vías». Fue construida tres siglos antes de la venida de Jesucristo. Conducía a Capua, Benevento, a Brindisi, a todo el Sur.

Cuando sale de Roma la *Via Appia*, aun va encajonada durante un largo trecho entre antiquísimas construcciones. A los dos lados de ella, aun se conservan hoy las viejas catacumbas. Sobre una de estas catacumbas es donde existe la diminuta iglesia de *Domine quo vadis?* que inspiró al famoso polaco su más hermoso libro. Más luego la *Via Appia* se ensancha, deja detrás la iglesia de *San Sebastiano*, las catacumbas de *Domitilo*, y ya en pleno campo, a

toda luz, se mete tierra adentro, despliega toda su elegancia, y va enlazando rápida, la soberbia tumba de *Cecilia Metella*, las grandiosas arcadas del *Aqua Marcia*, las bellísimas ruinas conocidas con el nombre de la *Roma Vechia*.

¡Cuánta suave tristeza tiene todo este trozo! ¡Cuánto recuerdo flota en el ambiente! ¡Cuánta emoción suscita este bello paisaje! Yo siempre que allí llego, miro hacia atrás. En el fondo está Roma teniendo por corona una tenue nube blanquecina. La cúpula de San Pedro, se destaca a lo lejos con su grandiosidad estupenda. El manso Tiber se arrastra allá, hacia un lado, reflejando los posteriores rayos del sol que se ocultó. Véis las rectas vías que irradian la ciudad, cruzar los campos verdes, escalar las colinas, perderse en el bosque, muchas de las cuales, son aún las viejas vías, romanas, por donde la antigua civilización llegó a toda la tierra. ¿Por cuál de estas vías — os preguntáis — llegó en buena hora Pedro Apóstol, seguido de las turbas? ¿Por cuál se precipitaron los tembles hombres del Norte como un torrente impetuoso? ¿Por cuál entró Lutero? ¿Por cuál salió Napoleón?

El sol se va ocultando. Un crepúsculo en rojo, en rosa, en violeta, viene precediendo a la noche. Sobre los campos ya nacidos, sobre aquellos mismos campos que labraron con amor los primeros romanos, hay una calma augusta. Aquí y allá, columnas rotas, las ruinas de un acueducto, las piedras sueltas de un bello sepulcro. Una suave melancolía planea sobre todo.



Sin querer, os suben a los labios las evocadoras estrofas de nuestro gran poeta:

*Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora,
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa...*

LEÓN MARTÍN-GRANIZO

POLÍTICA EXTERIOR

De Pitt a George

Desde los tiempos de Pitt no ha tenido la Gran Bretaña momentos más difíciles que los actuales. Jugábase entonces sólo su gloria militar y su hegemonía sobre Europa; hoy se hallan en entredicho su nacional gloria y su mundial hegemonía. Estaba, entonces, al frente de sus destinos, como rival de Napoleón, Guillermo Pitt, el precoz estadista, el orador incomparable, cuya elocuencia convertía, dentro de las Cámaras fasciadas, las derrotas en éxitos, levantando los más decaídos ánimos. No logra George, que rige hoy la nave inglesa por un mar peligrosísimo, llegar a tanto, aun cuando lo intente. Pitt, en su lucha épica contra el poder naciente de Bonaparte, fué vencido. Cuando recibió la noticia de la batalla de Austerlitz, en la cual tan rudo golpe recibieron los entonces aliados de Inglaterra, sintióse herido de muerte, no abandonándole ya, el poco tiempo que vivió, una cierta expresión melancólica en los ojos, bautizada por algunos de sus contemporáneos con el nombre de *mirada de Austerlitz*. Sospechamos que su sucesor George, hombre de menos finura moral y más recia contextura física, no habrá tomado tan a pecho los desastres de sus múltiples aliados.

La crisis inglesa

Una proposición del grupo pacifista de la Cámara de los Comunes obtuvo sólo 28 votos; pero el Ministerio únicamente consiguió 159 y la Cámara consta de 670 miembros.

El número de abstenciones ha sido, pues, muy considerable, y ello coloca a aquel en una situación hartamente difícil. Asquith, con gran parte del partido liberal, los conservadores, los pacifistas y laboristas, y hasta los militaristas (pues comienza a haberlos en la civil Inglaterra), están en contra suya. George, germanófilo exaltado, no ha podido renunciar tan fácil y rápidamente como Gustavo Hervé a sus convicciones civilistas anteriores a la guerra. Verdad es que, como el de Hervé, hay contados casos. Pertenecen a la familia psicológica de aquellos que, cegados por su fanatismo, marchan en línea recta mientras no tropiezan contra un obstáculo insuperable. Entonces, con cierta infantil inconsciencia, desandan el camino.

El capital problema de toda nación en armas es el del mando supremo. ¿Debe ser unipersonal o colectivo, civil o militar? En Alemania está resuelto, porque un ejército con tradiciones gloriosas y victorias recientes, siempre impone la unidad directiva. El político entonces sólo habla cuando los cañones triunfantes enmudecen. Pero, ¿y si se trata de un país sin tradiciones militares, uno de cuyos orgullos ha sido su civilismo?

Por otra parte, la Gran Bretaña ha creado un ejército formidable durante la guerra: pero no ha logrado la serie de victorias definitivas necesaria para que la máquina gigantesca se trueque en organismo con alma colectiva propia e invencible. Ninguno de los generales ingleses tiene el prestigio indispensable para imponerse a las tradiciones civiles del país como se impone un Hindenburg. Por esta causa George pretende, contra la opinión de los técnicos,

no dejar a estos exclusivamente la dirección de la guerra. Bien claro lo dice el coronel Repington en su artículo del *Morning Post*, por el que ha sido procesado, y el cual dicen ha sido escrito con datos e ideas provenientes del general Robertson.

Los pacifistas, a su vez, juzgan demasiado imperialista y belicosa la política de George, quien habiendo sustituido a Asquith por más enérgico y decidido, sufre hoy el castigo de todo ecléctico vacilante en momentos decisivos: a nadie contenta. Es un astro político próximo a su ocaso. Pero éste puede prolongarse bastante porque, mientras dure la guerra, será muy difícil encontrar quien afronte, con las mayores garantías de éxito, las enormes dificultades en que hoy se debate la vida social y política de Inglaterra y del mundo todo. Los hombres de Estado, en épocas febriles, se gastan con rapidez. En meses viven años y, como los grandes calaveras, encanecen y se arrugan prematuramente. La Gran Bretaña y Francia carecen ya de reservas de hombres políticos conocidos. Si dura mucho la guerra y no surge inopinadamente alguna personalidad nueva y vigorosa, tendrán que ser gobernados por senilidades precoces, por verdaderos inválidos civiles.

Paz blanca y paz roja

Entre ambas oscila Rusia. Los hombres mismos que dicen amar la paz blanca, sin anexiones ni indemnizaciones, desmovilizan los restos del ejército ruso para organizar, dentro de su país, otro contra la burguesía y las nacionalidades que intentan, en estos días, constituirse. El pacifismo de esos energúmenos tiene, como el dios Jano, dos caras: una blanca y otra roja. ¡Ay de quienes olviden que la lucha por la existencia es ley natural inexorable! Los alemanes están hablando ya el único lenguaje posible ante gentes como los maximalistas: el de la fuerza, que cuando tiene alma y ritmo y armonía en sus líneas y movimientos es salvadora diosa; y resulta, en cambio, monstruo abominable si, presa de la fiebre, corre por el mundo desmelenada, babeante y ciega. Como esta segunda forma es siempre vencida por la primera, el maximalismo no tiene más que dos soluciones: someterse a Alemania o desaparecer en una convulsión postrera. Los innumerables rusos que sufren la terrible tiranía de las bandas de guardias rojos acogerían con los brazos abiertos al ejército alemán si acabase con sus verdugos. Es decir, que el maximalismo tiene demasiados enemigos dentro y fuera de Rusia para no ceder ante la nueva ofensiva germana. Solamente la esperanza utópica en la propagación del maximalismo a otras naciones mantiene las energías de los comisarios del pueblo ruso. ¡Olvidan o desconocen el abismo existente entre su país y el resto de Europa! Un ensayo anárquico-comunista como éste sólo puede verificarse en un teatro como el ruso, que aún se halla, bajo muchos aspectos, en la Edad Media. La complejidad de intereses e ideas de los otros pueblos civilizados impide el triunfo, siquiera pasajero, de tan simplistas y absurdas soluciones.

M. DE PALACIOS OLMEDO.



Crónica de la guerra europea

La luz viene de Oriente; el principio de la civilización y la salvadora Doctrina de Cristo, de Oriente vinieron. La aurora de paz, en la negra noche de esta guerra, baldón de la culta Europa, se ha iniciado también por aquel camino de las grandes renovaciones.

La paz con Ucrania es un gigantesco paso hacia la paz general, suprema aspiración de todos los pueblos combatientes y neutrales (mal que pese a los gobiernos de la *Entente*, sordos ante el clamoreo del mundo).

¿Hasta cuándo estarán los soldados de las naciones en guerra con los ojos vendados? La contestación a esta pregunta implica vaticinar el fin de la guerra.

La acción de las armas empieza a dejar un ancho margen a la diplomacia y a la política interior de cada nación. Además del frente de batalla hay que distinguir, en cada uno, el *frente interior*, como dice Stegemann.

«Para todos los beligerantes, escribe el eminente crítico, se ha hecho más delicada la situación estratégica, porque sobre ella influye el *frente interior*, y las circunstancias que en éste concurren pueden, a la larga, influir, a su vez, en la solidez de la línea de combate.

»Acercas de la guerra y de la paz, puede cada uno pensar lo que guste, formar cualquier juicio sobre las pretensiones y las condiciones anunciadas por cada cual de los beligerantes; condiciones y pretensiones que naturalmente han de acomodarse a la situación estratégica y a sus alteraciones, pero como el *frente interno* con tribuye cada vez más a determinar la situación estratégica, no se puede hoy emitir un juicio absoluto sobre las futuras operaciones guerreras.

»Desde luego, la preparación en Occidente ha sido tan amplia como minuciosa, y el choque ha de ser formidable.

»Si los alemanes rompieran el frente enemigo, sería necesario prestar atención, no tanto a los triunfos militares como a las consecuencias políticas, que no se determinan inmediatamente desde el punto de vista militar.

»No se vislumbra una general reconciliación. La amenaza del hambre universal ha preparado el terreno para una transformación complicada y total de los problemas que se ha tratado de destruir con las armas para no resolverlos, y, al fin, se nos ofrece no lejana la perspectiva de la revolución mundial.

»Pero, de todos modos, hay que contar con la renovación de la lucha en Occidente para terminar la guerra con la mayor rapidez posible...»

Así lo creen también los centrales y dispuestos están a dar en dicho teatro de operaciones el golpe final, pero, ¡ay!, qué mal llevan

los trabajos en esta ocasión. ¿Por qué? Muy sencillo: porque así como otras veces se nos han manifestado tan sigilosos y reservados que nada hemos podido sospechar los extraños de sus planes y proyectos, ahora en cambio sus enemigos lo *saben todo*, lo que piensan, lo que hacen, lo que van a pensar, lo que van a hacer...

No sabemos si lo habrán averiguado por inspiración, por telepatía o por espiritismo; pero es lo cierto que están en el secreto.

Veamos alguna de las cosas que han adivinado los aliados acerca de la próxima ofensiva: «que en la instrucción que el alto mando alemán está dando a las fuerzas atacantes, se presta muy poca atención a los diversos sistemas de trincheras, lo que prueba que no piensan hacer uso de ellas; se ejercitan en grandes simulacros de batallas de Cuerpos de Ejército, en los que participa

la artillería. Simulan marchas, en las que el grueso de las tropas va precedido por formidables columnas de asalto. Los soldados se ejercitan diariamente en el tiro, para cuyo fin se han creado numerosos campos. También la artillería se adiestra en los polígonos. Las nuevas columnas de ataque llevarán muchas más ametralladoras que hasta aquí. Se acumularán muchas tropas sobre las primeras líneas de fuego, a fin de asegurar la posesión de las posiciones que se conquisten.

«Hay que contar también con el empleo de nuevas armas. No se sabe (¡qué raro!) si los alemanes poseen tanques, pues hasta hace tiempo el alto mando alemán, no creía en su eficacia; pero de

lo que si se está cierto es de que los alemanes usarán los gases asfixiantes en grandes proporciones.»

Todo esto nos lo cuenta un corresponsal de guerra aliado que a continuación incurre en la siguiente contradicción: «Parece, según ciertos informes, que el Gran Estado Mayor alemán está preparando un nuevo plan de invasión de Rusia Septentrional, y que tienen el propósito de llegar hasta San Petersburgo... y

En Berlín se prepara actualmente el plan de toda una serie de obras fortificadas permanentes y modernas, destinadas a proteger la población de Prusia contra una posible irrupción de los rusos.»

¿En qué quedamos?

Aprendan los alemanes reserva y sigilo de sus enemigos. Esa conferencia interaliada de Versalles, es un pozo. Así lo demuestra Lloyd George en su discurso al afirmar que nada se puede saber de lo tratado en ella. ¿Qué será?

La solución mañana...

ZEPPELIN.



Antología aliadófila.

De D. Ramón del Valle Inclán.

“La raza sajona es la más despreciable de la tierra.

Yo, contemplando sus pugilatos grotescos y pueriles sobre la cubierta de la fragata, he sentido un nuevo matiz de la vergüenza:

La vergüenza zoológica.,.

(*Sonata de Estío, Obras completas*, tomo VI, pág. 16.)

De D. Luis Antón del Olmet

“De cualquier modo, en cualquier circunstancia, seríamos perjudicial el triunfo de los aliados, porque ello significaría el triunfo de nuestros enemigos naturales, el triunfo de nuestros usureros, de quienes nos tienen hipotecada el alma y la carne, el prestigio intelectual y la fuerza.,.

“Una Inglaterra orgullosa, despótica, insaciable, que hundiera en Trafalgar nuestro poder marítimo, aprovechando la traición de un almirante francés, y que desde entonces no hizo otra cosa que sojuzgarnos, mediatizarnos, arrojarnos de Tetuán, donde se derramó tanta sangre española, provocarnos guerras civiles, oponerse a la acción europea que iniciase Alemania en favor nuestro cuando aconteció la guerra contra los Estados Unidos, ser un tremendo obstáculo opuesto a la unidad ibérica, ante el temor de ver constituida una península fuerte, seguir ultrajándonos con la vil posesión de Gibraltar, y, ¡oh sarcasmo!, impedir que nos movamos dentro de nuestro patrio solar, obligándonos a no artillar Sierra Carbonera. ¿Puede a España convenirle que medren sus tiranos?.,.

“El triunfo de Francia significaría el triunfo más o menos casual, más o menos fingible y pasajero, de un régimen nefasto. Yo admiro a Francia, y siento por los franceses grandes simpatías. Sin embargo, su régimen moral, la fisonomía que ofrecen, no puede ser más lamentable, ni puede traer a España ejemplo y contagio más inicuo. Sería el triunfo de la incredulidad religiosa, y con ella, del morbosismo intelectual, de la duda, del oprobio, de la corrupción; sería el triunfo del sensualismo más rebajado, de la prostitución, de la política que vive para el chanchullo, de la mediocridad intelectual, del similor, de lo trivial, del champaña y de los afeites... Nuestras vilezas políticas, esta gran cobardía que sufrimos, ¿qué significa sino un remedo francés.,.

“El triunfo de Inglaterra sería el triunfo del más feroz egoísmo. El triunfo de Francia sería el triunfo de la más hedionda corrupción.,.—(*El Triunfo de Alemania*, págs. 202, 207, 208.)

Benavente y las elecciones.

Benavente no triunfará en la próxima contienda electoral. Su arte sutil y exquisito no ha penetrado aún en la médula de la raza. La delicadeza es ajena a nuestro espíritu. Los

xitos sangrantes de Ribera, las crudezas chillonas de Goya, la pomposidad y altisonancia de Calderón, las groserías de nuestra novela picaresca, la música sin alma y sin ideas de Zorrilla, la epilepsia teatral de Echegaray, las estridencias sectarias de Dicenta; eso es lo que comprendemos, lo que gustamos, lo que responde perfectamente a la idiosincrasia nacional. Nuestra avidez espiritual, nuestra ideología seca, rígida, exclusivista y dogmática, nuestra monótona y rectilínea uniformidad de pensamiento, no podrá comprender jamás al artista complejo y proteico que escribe *La noche del sábado* y *La fuerza bruta*, *Los malhechores del bien* y *El collar de estrellas*, *Los intereses creados* y *La malquerida*, *El dragón de fuego* y *Alma triunfante*, *La escuela de las princesas* y *Señora ama*.

No triunfará, además, porque es germanófilo, y un intelectual no puede serlo. Esta excomunión laica es indiscutible. Preguntádselo a ese escritor retorcido y pedante que actúa de Zoilo con la obra benaventiana...

Nuestros titulados intelectuales se entusiasman con las palabras, se toman en serio los tópicos nuevos —ahora “troglodita,”—, y son incapaces de ver algo más que la prevista apariencia de los hechos. Son de una oquedad mental que resuena.

Lerroux el aventurero, y Melquiades el que asignó, en el mitin de la Plaza de toros, como gloria de los aliados la Reforma... saldrán diputados, porque España es un país de amnésicos y de inconscientes.

¿Qué va a hacer Benavente como diputado?, preguntan algunos estultos. Benavente puede responder lo que D'Annunzio: “Soy diputado por la belleza.,.” Nuestro gran poeta representa el corazón humano.

¿Quiénes son, salvo rarísimas excepciones, nuestros diputados? Propietarios, rentistas, caciques y leguleyos. El comercio, la industria, la literatura, el arte y la ciencia, no tienen representación en el Parlamento, y a las Cámaras debieran ir los que representan intereses materiales relacionados con el público, como los grandes comerciantes e industriales, y los que significan intereses del espíritu: escritores, poetas, artistas y hombres de ciencia.

Benavente, Santiago Rusiñol y Torres Quevedo, deben ser diputados por derecho propio.

J. A. VALLESPINOSA Y VIOR.

Los profetas de la guerra.

Don Ramón Pérez de Ayala

“Las tropas italianas entraron en Monfalcone a los dos días de la ruptura de hostilidades; pero la ciudad se hallaba todavía al alcance de los cañones de grueso calibre.

Monfalcone se les ha escapado de la mano a los austriacos para siempre.,.—(*Herman encadenado*, págs. 82, 83.)

“Una ciudad italiana es siempre una ciudad italiana.,.—(*Herman*, pág. 25.)

—Aquí creemos que la guerra va para largo —dice uno de ellos.

—Sí; va para largo —corroboro yo, añadiendo, en la sinceridad de mi corazón—; pero *está ganada*,.—(*Herman*, pág. 217.)

TEATROS

En Eslava.—*A campo traviesa*, comedia en tres actos por D. Felipe Sassone.

Noches pasadas, presenciando el estreno de *A campo traviesa* nos encontramos con un noble intento de comedia, que en los tiempos actuales, es algo digno de mención. A Felipe Sassone le conocimos hace tiempo; no recordamos dónde fué. Por aquella época era Sassone un muchachote espigado, simpático, rebosante de juventud; pero por entonces no era más. Y pasaron los años. De vez en cuando hasta nosotros llegaba el eco de su nombre entre frases de un poco exagerado encomio. Y un día hablaron de un estreno suyo. Y otro la crítica — la crítica seria — le aplaudió. El nombre de Sassone, al extenderse, al destacarse, nos excitó la curiosidad.

Entonces fué cuando trabamos conocimiento con Sassone escritor.

Y Sassone escritor, en verdad, no tenía importancia. Hinchazón, ritmo americano, frivolidad y juventud. Esto sí: juventud, simpática juventud, un derroche de juventud, nunca le faltaba; pero es tan inocente dedicarse a las letras sólo con juventud! Ante aquella primera impresión de su obra, no nos desilusionamos; antes, con un resto de confianza, nos decidimos esperar. Años más tarde presenciarnos una comedia suya, que no estaba muy mal. El pasado año inopinadamente, asistimos a otra, que ya estaba mucho mejor. Al través de todas estas andanzas, conservábamos por Sassone el antiguo impulso cordial, que nació en nosotros al conocerle por vez primera.

En esta situación de espíritu le fuimos la otra noche a juzgar.

Es *A campo traviesa* una comedia que, someramente analizada, salta luego a la vista que no encaja exactamente dentro del ambiente español. En *A campo traviesa* hay un exotismo muy poco castizo. Hay más preocupación de ver y andar, que de afincar y enraizar. La mujer aquella que se fuga estúpidamente, sin decirnos por qué, por fortuna no abunda por aquí. El buen hidalgo, su marido, el padre de Isabel, figura principal de la comedia, es un hidalgo literario y no hombre de carne mortal. Hasta nos parece creer recordarle con su capita y todo.

¡Ah, sí!, le hemos visto en una portada del señor del Olmet...

El primer acto, en el que el Sr. Sassone se muestra implacable con el *cine*, no está mal; mejor dicho, el primer acto está hasta bien. Hay interés, hay emoción; se comienzan a perfilar caracteres. Aquello *marcha*, como dirían en París. Un poco exagerada nos parece la figura del americano, que dice muchas cosas no muy acordes con su refinada cultura, ni con su elevada posición. Pero se ve claramente, que el autor nos quiere presentar a un tipo de su invención mixto de gaucho y parisién... A estas horas, en que los tipos faltan, el sudamericano parisién, en calidad de producto sustitutivo... La figura de Isabel en este primer acto, es toda corrección y toda belleza. Lástima que este tipo de mujer española, este firme y heroico carácter de mujer, se esfuerza y contradiga en

el acto segundo, que no es una equivocación, pero que indudablemente es una desilusión. Aquello decae...

En este acto segundo hace el gasto casi en total el señor Duque de Vistabella, amigo de la casa. A este simpático personaje también le conocemos. Es otro tipo literario clásico, aunque no de tanta actualidad como el del hidalgo español. Este señor, que está allí como en su propia salsa, dice chistes y agudezas, arregla y desarregla, se mete en todo, y tampoco sabemos por qué. Si fuéramos malignos, dadas las psicologías que allí se aclaran por momentos, visto el cariño que este hombre siente por Isabel, nos daría mucho que pensar. ¡Pero librenos Dios de tamaña calumnia!

Casados ya Isabel y Enrique, e infelices, como se presumía, se empieza a presentir que ella, la buena, la noble, la casta, le comienza a querer... Pero él, como buen pseudo intelectual hispanoamericano, se refugia en un elegante picadero que tiene en los madriles, y no aporta por San Sebastián.—¡Que viene! ¡Que no viene! Casi todo el acto nos lo pasamos así, hasta que al final no viene él, pero sí el padre de ella, y al pobre padre... más le valía no venir.

La escena que sigue es emocionante, y se puede hacer un poquito mejor, (y con esto, no quiero decir que no saliera bien), pues en ella, al parecer, está el nudo de toda la comedia, y a pesar de que no soy partidario que en el teatro nuevo vivo y nervioso, se debe nada de *añudar*, ni ha de haber aquellas escenas emocionantes, a la Calvo y Vico, que iban a presenciar estremecidos de antemano nuestros abuelos; me parece que a cada cosa, hay que darle su lugar; y en el acertado realce de ciertas escenas y matices, estriba la difícil obra del actor.

Con esta bella escena, que destruye un poco el dibujo de Isabel, comoya habíamos adelantado, pasamos al acto tercero.

Como casi siempre suele ocurrir, este es el más flojo. El desenlace, iniciado ya en todo el segundo, se acerca a la mayor brevedad. La comedia *va de ala*, como diría cualquier cazador. Afortunadamente para nuestras almas sencillas, aquél extraño matrimonio que comienza tan mal, que bordea casi la catástrofe, que pudo terminar en drama, termina en comedia de Lara o en película americana, con niño y biberón.

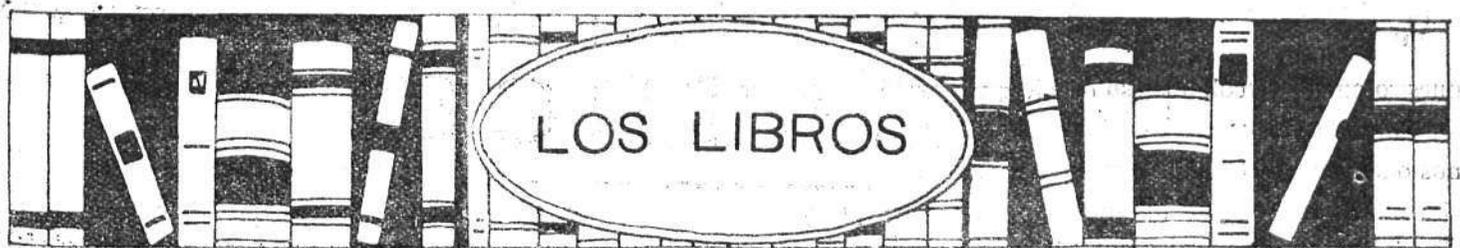
En este acto tramamos conocimiento con la Pampa, de la que ya teníamos noticias.

En este acto también, nos dimos clara cuenta de toda la falta de nervio y de grandes ideas de que adolece actualmente nuestro teatro nacional.

De Felipe Sassone esperamos algo más que esta obra. Como año, la otra noche en Eslava, no nos desilusionó. Felipe Sassone trabaja, y trabaja con todo fervor. De nosotros, que no le tratamos, ni le saludamos, podrá esperar siempre un juicio sincero, que quisiéramos fuera exacto.

A pesar del tiempo transcurrido desde que lo conocimos, conservamos de él aquella sana impresión de juventud y simpatía que entonces causó.

DON LOPE.



Gastón Routier: *La Guerre se meurt... La Paix s'impose.*
Madrid, Librería Hernández, 1918.

Un nuevo delito... en Italia. ¿El de sedición nacional, el llevar la nación a la guerra? No, al contrario; el hablar de la paz. Un telegrama de París (25 de Enero) dice: "Comunican de Roma que el procurador nacional ha pedido a la Cámara autorización contra el diputado Campane, por haber afirmado que el enemigo trata con humanidad y caballerosidad las poblaciones de los territorios invadidos. La comisión parlamentaria ha acordado, por unanimidad, una autorización para perseguir al diputado Di Giovanni, acusado de propaganda en favor de la paz."

Con más complejidad, Francia combate la propaganda pacifista, no con el Código penal, no por la policía de las costumbres, aún más cruelmente: con delaciones por supuestos delitos de traición, por medio de un espionaje del espionaje... Y he ahí a un pueblo, dominado por la vesanía heroica, rodeándose el cuello con la soga de un proceso célebre.

El proceso Caillaux es Francia, desesperada, que se revuelve contra sí misma.

El procedimiento está causando víctimas. He aquí a un francés que, para hablar de la paz, se vuelve a hacer un aparte... en España.

Llega trémulo, espantado: es el primer fugitivo que presente la gran catástrofe; como las fieras de los Andes, que corren en rebaños, huyendo, crispada la piel, la proximidad del terremoto... Sus primeras palabras, acongojadas, son para "ellos", los perseguidores, los vesánicos.

"Conozco gentes —empieza el *Avant-Propos*— a quienes este solo título hará remontarse y rugir de cólera. ¡Miserable! ¡Canalla! ¡Traidor!, gritarán ellos. ¡Cómo se ve que este escritor se ha vendido a nuestros peores enemigos! Se atreve a hablar de la paz..."

M. Gaston-Routier es un viejo periodista y hombre de letras. Ha sido redactor de *Petit Journal*, del *Journal*, del *Figaro*, del *Petit Parisien*, de *l'Echo de Paris*; es de la Asociación de periodistas de París, de la Asociación de periodistas republicanos franceses; es secretario de la *Société de gens de lettres* desde 1895; ha publicado veintisiete volúmenes...

M. Gaston-Routier quiso publicar un *Journal de la Paix* —revista ilustrada de concordia internacional— y los financieros, y los diplomáticos, y los comerciantes, así como los

escritores y economistas de los países beligerantes y neutrales, le volvieron las espaldas. Mas cuando se atrevió a dirigirse a su "Francia querida", fué peor. Que él lo cuente: "Se me ha arrastrado por el lodo, se me ha acusado de traición y de espionaje; se ha llevado la infamia, hasta intentar escupir a mi esposa, joven y encantadora, digna de todos los respetos y de todas las consideraciones, que se había consagrado durante más de un año a cuidar a nuestros heridos en el hospital de la playa de Hendaya, conquistándose la estima y la consideración de todo el mundo por su conducta admirable. ¡Qué de cosas no se han escrito y dicho contra mí y contra ella!"

He aquí a un gran patriota, a un patriota consciente, no comprendido. Sus palabras son de una sinceridad y de una elocuencia estremecedoras.

"Yo no reconozco a nadie —dice— el derecho al suicidio, pero cuando se trata de un pueblo, se puede proclamar que jamás va al suicidio de buena gana, con conocimiento de causa... y, por consecuencia, el suicidio de un pueblo no sería sino un monstruoso asesinato de ese pueblo por sus gobernantes.

¡Yo no quiero que se suicide a Francia!"

Francia no puede comprender el patriotismo consciente, porque está en la psicología alcohólica del intoxicado, a quien es preciso —constantemente, absurdamente— dar la razón...

"Se ha echado demasiado aceite al fuego —grita el autor—, se ha avivado excesivamente el incendio que devasta a Europa. Aún es tiempo de echar agua sobre esta hoguera, tan peligrosa para los neutrales y los vecinos como para los mismos beligerantes."

¿Quién dijo tal blasfemia? El autor, al simple anuncio del *Journal de la Paix*, es objeto de los más venenosos ataques, de las más infamantes humillaciones, por parte de personalidades francesas y de algunos jóvenes periodistas de París, residentes en Madrid. El alumno de Filosofía en el país de Séneca y de Juan Huarte, se limita a comentar, prudentemente, sabiamente:

"Me parece notar un caso de patología mental... Si; de vieja, de incurable patología colectiva: la vesania gálica."

¡Pobre Francia! Ella era la mujer hermosa, con quien se llega hasta la ceguera galante de fingir creerlo todo, de perdonarlo todo..., de admirar siempre y cuando para mayor gozo nuestro, en la intimidad francesa, la invitábamos a gritar *Vive la France!*, ella creía, ingenuamente, en

nuestro amor, de colonos espirituales, a la nación-estrella...

Como la *Venus de las pieles*, de Sacher Masoch, ella nos daba frecuentemente con el chapín de Safo en el pecho... Y algunos de los nuestros eran tan viles, que gustaban de ese amor cruel, en culto de sevicias.

Muchos, ciegos por su belleza, creyeron en su bondad, llegando hasta el bochorno de proclamar su ciencia. Y no vieron que la "Villa-luz", sabia en otros siglos, era ya nada más un galante lugar internacional de citas.

M. Gaston Routier ha cometido el error inexcusable de tener razón demasiado pronto, según el poeta:

L'inexcusable tort d'avoir trop tôt raison!

¡Si hubiera esperado un poco —acaso un año, nada más— a la gran catástrofe!

Sus compatriotas, los del *nuevo terror*, no le perdonarán el delito de dar a Francia lecciones de Filosofía moral en axiomas. Véase uno: "Allí donde comienza el odio comienza el error.", Sí; decir eso a Francia es hoy un crimen. ¡Pobre Francia, galvanizada por el viejo odio, un odio cultivado exquisitamente desde 1871 en el rito negro de su magia!

Bella demente, atacada de mania persecutoria, mitad ninfa y mitad furia... Escucha la voz de este errante profeta, antes que el estruendo de los cañones, en el gran oído de París, te arrastre a los finales temblores del delirio.

S.

José Cascales Muñoz: *Fruto de Nuestras Alianzas* (1807-1814), prólogo de **José Ortega Munilla.**

A continuación copiamos uno de los más bellos y verídicos trozos de la nueva obra de este notable escritor, que ha sabido hacer vivir con su arte, una de las épocas más interesantes de nuestra historia patria:

"Antes de ajustarse la Paz de Basilea, y siendo todavía nuestra aliada, se hizo la sorda la poderosa Albión a las excitaciones que se le dirigieron para que nos sacase del conflicto de la tercera campaña con Francia, mientras los buques españoles eran constantemente vejados por los ingleses y confiscados por éstos sus efectos navales.

Si así procedía Inglaterra con nosotros cuando combatíamos a su lado, puede suponerse hasta dónde llegarían sus atropellos cuando nos declaramos neutrales. Desde que se firmó la Paz de Basilea, el ministro español en Londres informaba con frecuencia a nuestros gobernantes de los proyectos hostiles de los británicos, encareciendo la necesidad de que tomásemos medidas de defensa.

Tal conducta influyó en el ánimo del Príncipe de la Paz, inclinándole a la amistad con Francia, cuyo gobierno había pasado de la Convención al Directorio, y con éste ajustó aquél, el 18 de Agosto de 1796, el *tratado de San Ildefonso*, alianza ofensiva y defensiva entre las dos naciones, que

fué tan perjudicial para Carlos IV como el *Pacto de familia* para Carlos III.

Una vez aliados con Francia, declaramos la guerra a Inglaterra el 7 de Octubre del mismo año 96, y, como consecuencia, se multiplicaron nuestros descalabros.

La escuadra española, a cuyo frente se hallaba don José de Córdoba, se encontró el 14 de Febrero de 1797, en el *cabo de San Vicente*, con la escuadra inglesa que mandaba el almirante Jerwis y de cuya retaguardia estaba encargado Nelson. El resultado del combate que allí se trabó fué que nos apresara el enemigo los navíos *San José*, *San Salvador*, *San Isidro* y *San Nicolás*; librándose de ser apresado el *Trinidad*, merced al heroísmo de D. Cayetano Valdés, que mandaba el *Pelayo*.

Si mal se había portado Inglaterra con nosotros, cuando era nuestra aliada, el Directorio no se portaba mejor desde que empezó a serlo, aspirando a que le cediésemos la Luisiana y la Florida. Godoy se enemistó con el Directorio y coincidiendo sus deseos con las gestiones del nuevo embajador de la República Mr. Truguet, logró de Carlos IV que el 28 de Marzo de 1798 lo sustituyera con D. Francisco Saavedra, más dócil que él a la voluntad de los franceses.

El ministro Saavedra, sumiso a las disposiciones del Directorio, hizo expulsar del reino a todos los emigrados franceses, sin exceptuar al Duque de Havre, encargado por el que después fué Luis XVIII de comunicarse con los Borbones de España, y prohibió de un modo terminante la introducción y venta, en los dominios españoles, de los productos ingleses. Como prueba de su vivo deseo de complacer al Directorio, nombró para embajador cerca de la República al español que más agradable podía serle, a D. José Nicolás Azara, que presentó sus credenciales el 29 de Mayo. Las dotes diplomáticas de Azara no pudieron impedir que, durante la expedición de Napoleón a Egipto, conquistase la escuadra inglesa a Menorca, el 10 de Noviembre, cuando ya había sustituido interinamente a Saavedra D. Mariano Luis de Urquijo, quien, por enfermedad de aquél, venía dirigiendo nuestra política desde el 13 de Agosto del mismo año 98.

Urquijo continuó obedeciendo ciegamente, como su antecesor, las indicaciones del Directorio, mas no tenía confianza en Azara, tan querido de los políticos franceses, y en cuanto halló una ocasión propicia lo reemplazó con D. Ignacio Muzquiz (acompañado de D. José de Mazarredo, el reorganizador de nuestra marina; conservando éste el mando de la escuadra española, que se hallaba entonces en Brest al servicio de Francia), lo que disgustó mucho a Sieyès y a Talleyrand. Estos quisieron enviar un embajador extraordinario a Carlos IV, pidiéndole que revocase el decreto de remoción, y si no lo llevaron a efecto fué porque se opuso el antiguo diplomático, que deseaba descansar de

la labor de cuarenta años de servicios públicos. Cuando Bonaparte regresó de Egipto a París en Octubre de 1799, encontró todavía en esta capital al venerable Azara, del que también era grande amigo, y pudo conversar con él a solas, en su despacho, toda una tarde, informándole de sus campañas del valle del Nilo y de Siria, y enterándose él, a su vez, del estado en que se hallaban los negocios de España.

Proclamado el gobierno consular, y a poco de ocupar el cargo de primer cónsul, envió Bonaparte de emperador a Madrid al instruido Alquier, con el encargo de asegurar la amistad de los reyes y de entregar al príncipe de la Paz, aunque no era ministro, un regalo de bellísimas armas fabricadas en Versalles. Después de Alquier vino a España el general Berthier, para negociar con Carlos IV la anexión a los dominios de su cuñado, el Duque de Parma, de la Toscana o de las Legaciones romanas, a cambio de la retrocesión de la Luisiana a Francia, el préstamo de diez navíos de guerra para ser tripulados por franceses y el compromiso de que el gobierno español obligase al de Portugal a convenir la paz con la República y a romper con la Gran Bretaña. Urquijo aceptó el negocio, aunque con algunas restricciones, y el 1.º de Octubre de 1800 se firmó en San Ildefonso otro tratado, el llamado *preliminar y secreto*, que estrechó la unión de las dos potencias y devolvió a los franceses la deseada colonia de América. Entretanto la escuadra española permanecía inactiva en Brest, y Urquijo ordenó a Mazarredo que, para utilizarla en nuestra defensa, se viniese con ella a Cádiz. Esto contrariaba los planes de Napoleón, y para evitarlo mandó a España su hermano Luciano, que se puso en seguida en camino. Cuando éste llegó a Vitoria dejó allí su comitiva y, acompañado de un solo criado, se presentó, de improviso, a caballo, en el real sitio de San Lorenzo. A los pocos minutos de su llegada salió Urquijo exonerado para la ciudadela de Pamplona. En reemplazo de Urquijo, se nombró ministro de Estado (con fecha 13 de Diciembre de 1800) a D. Pedro Ceballos (casado con una prima de Godoy), el que se mostró tan complaciente con Napoleón que, molestando a éste la oposición que Mazarredo presentaba siempre a sus egoístas planes, destituyó al ilustre marino de sus dos cargos: de embajador en París y general en jefe de la escuadra, de cuyo mando se encargó D. Federico Gravina.

A la separación de Urquijo y Mazarredo siguieron el Convenio de Madrid, de 29 de Enero, firmado por Ceballos, y el de Aranjuez, del 13 de Febrero de 1801, entre Luciano y Godoy, por los que logró Napoleón su anhelado objeto de comprometer las fuerzas terrestres y navales de España a obrar, incondicionalmente, en unión de las de Francia, en todas las empresas que él acometiese. D. José Nicolás de Azara fué llamado a la corte, obligándole a dejar su retiro de Barbuñales, y en Abril del mismo año de 801 se le confió de nuevo la Embajada de París, donde fué recibido con las

mayores demostraciones de afecto por sus antiguos amigos Bonaparte y Talleyrand. Por el Convenio del 29 de Enero (del 801) se llevó a cabo la guerra con Portugal, que dirigió Godoy, y terminó con el tratado de paz, que ratificó Carlos IV el 6 de Julio de aquel año. Por el Convenio del 13 de Febrero fuimos a la guerra naval con Inglaterra. Pero la desconsideración de nuestro aliado no disminuía ni ante los golpes que, por nuestro auxilio, nos asestaba al enemigo. Al reconciliarse Francia con Inglaterra, autorizó aquélla a ésta, en los preliminares de la *paz de Londres*, para que se apropiase la isla española de la Trinidad, confirmándose su posesión en el *Tratado de Amiens*, del 23 de Marzo de 1802. Muere el Duque de Parma el 9 de Octubre (del 802), y sus Estados se incorporan a Francia, desatendiendo los deseos de Carlos IV. Se rompe la paz de Amiens (el 12 de Mayo del 803) y hace firmar Napoleón a nuestro rey (el 22 de Octubre) un tratado de neutralidad, por el que, a cambio de no mandar sus hombres a la guerra, se compromete España a facilitar a Francia un subsidio de 6 000.000 mensuales. Tan pronto como Inglaterra tuvo noticia de este arreglo, dió órdenes secretas a todos sus cruceros para que acometiesen a los buques españoles en cuantos mares los encontrasen y echaran a pique aquellos cuyo porte no excediese de 100 toneladas. Los corsarios británicos no se limitaron a hundirnos los barcos del tonelaje designado, sino cuantos pudieron hallar a su alcance, y el 5 de Octubre del 804 sorprendieron junto al Cabo de Santa María a cuatro fragatas españolas que venían de Lima y Buenos Aires, conduciendo 20 millones de pesetas. Incendiaron y volaron la *Mercedes*, y obligando a rendirse a las otras tres, se les llevaron a los puertos de Portsmouth y Plimouth con todo el dinero que tenían.

Tantos fueron los agravios que recibimos de los ingleses, que nos vimos obligados a declararles la guerra de nuevo el 12 de Diciembre del 804, ajustándose entre Gravina y el ministro francés Decres, el 4 de Enero del 805, un convenio, más concreto que los anteriores, para combatir el común enemigo y hacer un desembarco en las islas británicas.,

E. Hernández Carrillo: *La ruta de los pueblos*. Granada, Traveset, 1917.

He aquí un sereno espectador de la vida de las razas y la política de los pueblos. En este libro, escrito con una rara ecuanimidad, aparece —igual que en los gráficos— la trayectoria espiritual de los pueblos europeos hoy en guerra, y la explicación más transparente de ésta, por sus causas. Reproducimos a continuación uno de sus capítulos:

Inglaterra en armas.—Ha seguido Inglaterra, a través de la historia y de la civilización, una ruta fija indestructible, orientada hacia un fin perfectamente determinado. Su egoísmo no se detuvo jamás en el camino que había de seguir

para la realización de sus planes. Escuela de sensatez, de observación, de practicismo, de actividad, de sentido político y de serena audacia, Inglaterra ha engrandecido su vida, asentando su porvenir sobre sólida base. Sus colonias le facilitan cuanto oro pide la Metrópoli. La Metrópoli, en cambio, les hace la merced de su alta protección... A juicio de un escritor francés (1), los ingleses no han sabido más que oprimir, explotar, pisotear y maltratar a las naciones colonizadas. Esto, a pesar de su renombrado y admirado régimen de colonización. Los españoles fundieron su raza con la de los pueblos americanos descubiertos y conquistados; les dieron su cultura y su sangre. Los ingleses no han hecho lo mismo con los pueblos de *raza inferior* sometidos a su poder. Son "como un metal, cuyo punto de fusión está demasiado alto y no admite aleación," (2).

La guerra de 1914 no ha interrumpido la ruta que seguía el pueblo inglés. Inglaterra tenía previsto el choque formidable. Había surgido una potencia europea demasiado ambiciosa y fuerte, y era necesario cortarles las alas a la potente águila del imperio germano. Sin embargo, la Gran Bretaña, al unirse a la bárbara contienda, ha encontrado una razón hidalga, caballeresca y generosa, que ha sido lanzada a los cuatro vientos. Teodoro Roosevelt, ex presidente norteamericano, dice: "Los ingleses piensan que en esta guerra no pelean solamente por ellos, sino por un principio, por la justicia y por la civilización, y por la paz del mundo, real e impercedera," (3). Indudablemente la Gran Bretaña es la nación que tiene mayores motivos para desear una paz interminable. A nosotros se nos representa como un individuo que se hubiera enriquecido en innumerables revueltas, motines, agresiones y saqueos, y una vez asegurada su posesión económica, proclamase las bondades de la paz, con objeto de que no peligrara su espléndido botín...

Lloyd George, un hombre representativo de la Inglaterra actual —espíritu activo, enérgico, vigoroso, organizador, fuertemente dinámico—, decía el 4 de Septiembre de 1914 en Queens-Hall: "¿Por qué está comprometido nuestro honor nacional en esta guerra? En primer lugar, porque estábamos obligados por un juramento de honor a defender la independencia, la libertad, la integridad de un pequeño país vecino que vivía apaciblemente y que no hubiera podido obligarnos a ello porque era débil." He aquí la explicación caballeresca. Y más adelante decía el actual jefe del gobierno británico: "Nosotros no combatimos al pueblo alemán. El pueblo alemán, bajo la bota de esa casta militarista prusiana, está tan aplastado y mucho más que cualquier otro pueblo de Europa. El día en que sea barrida esa casta mili-

tar, será en toda Alemania un día de júbilo para el campesino, para el obrero y para el comerciante," (1). He aquí, pues, otra razón. Inglaterra consideró desde un principio que su deber era procurar la destrucción del militarismo prusiano.

Pero sigamos las andanzas oratorias de este formidable propagandista de la guerra, que recomendó desde el principio "la prudencia en la deliberación; la audacia en la acción, la tenacidad en el esfuerzo; el valor en las adversidades, la moderación en el triunfo..." Lloyd George decía el 8 de Septiembre de 1914, hablando de Inglaterra: "Jamás han demostrado sus hijos tanta valentía y tanta habilidad en su defensa; jamás han revelado tanta decisión para agruparse a la hora del peligro en torno de su bandera..." Y para llegar a lo hondo del sentido práctico inglés, ya que no a su exaltado patriotismo, añadía: "Victoria significa ganancia; derrota significa pérdida; se trata de colocar un capital en excelentes condiciones..." El 10 de Noviembre del mismo año, vuelve a tocar la cuerda de la hidalguía británica: "Nosotros no acariciábamos ningún mal designio contra Alemania; no pensábamos entablar ninguna querrela contra Alemania... Si hemos intervenido en esta guerra, ha sido por motivos puramente caballerescos, por defender a los débiles..." El 14 de Junio de 1915: "Estamos comprometidos en la lucha más formidable que Inglaterra haya podido sostener. No es nuestra la culpa. Nosotros queríamos la paz, nosotros la pedíamos, nosotros nos separábamos de todos los caminos que conducen a la guerra; pero hubiéramos quedado deshonrados para siempre, de haber retrocedido ante el conflicto que se nos venía encima... Sepamos armarnos de tal manera que Inglaterra sea tan grande como antes durante la guerra y más todavía después de la guerra..." El 5 de Agosto de 1915: "Hay que luchar hasta el fin o sumirnos para siempre en la impotencia más humillante. Inglaterra está muy lejos de haber cumplido sus deberes. Estos son más grandes a medida que los meses transcurren..." El 20 de Diciembre de 1915: "Seamos un solo y único pueblo; uno solo en la esperanza, en la acción, en la voluntad, con el fin de conseguir el triunfo de la causa más sagrada que jamás se haya confiado en manos de una gran nación..." El 3 de Febrero de 1916: "John Bull está en plena juventud; la guerra le ha rejuvenecido..."

(1) De la recopilación hecha por Stevenson y titulada *Through terror to triumph*, y traducida por Clavel con el título de *La victoria en marcha*.

1. Emilio Boutmy, *Essai d'une Psychologie politique du peuple anglais*.

(2) Emile Boutmy, obra citada.

(3) *La guerra mundial*.

De todo libro que se nos envíe daremos cuenta en esta sección, y trasladaremos aquí su índice o uno de los capítulos, cuando se juzgue interesante.

DE LA SEMANA

Teatros.

S. M. la piadosa Reina Victoria sigue repartiendo raciones, entre los pobres, en hospitales, colegios y asilos.

En el Teatro Reina Victoria, *La araña azul*, estrenada recientemente, logra todas las noches el éxito fisiológico que se propone la empresa.

Un estreno en el Real..., *c'est drôle!* El Real quiere renovarse y estrena: ¿*El caballero de la rosa*, de Strauss? ¿*Maruxa*, de Vives? ¿*La Roudine*, de Puccini?

No; se estrena en el Real, simplemente, *Il segreto di Susana*, de Wolf Ferrari. Una breve ópera cómica hasta con partitura y de exuberante instrumentación, pero — a la manera de aquella triste *Isabeau*, que convirtió el patio de butacas del Real en una plaza de toros... — apenas música.

Ferrari ha realizado el prodigio de componer una ópera sin canto... Ello quiere ser armonía imitativa o música descriptiva moral, como en los bailes rusos (ojo con aquellos compases que recuerdan demasiado a los de *Petrowska* y *L'après-midi d'un Faune*), y el público ríe... El asunto es de capirote, pero los artistas — hay que reconocerlo — están que parecen actores.

La Nota de Italia.

Lo más saliente de la semana es la nota de Italia. A Italia, a nuestra querida hermana Italia, le mandan protestar y protesta. Ella no sabe, a ciencia cierta, de lo que tiene que protestar, pero protesta. La protesta siempre es una prueba de nulidad.

Nosotros, españoles — lo mismo los de Gibraltar que los de Covadonga —, siempre hemos sentido por Italia una gran atracción. Dígalo, si no, las visitas al frente italiano que hicieron — viajes pagos — nuestros profetas mayores de la guerra: Ramón, Miguel y Manuel, para vaticinar sobriamente, pero con gran golpe de vista, todos los acontecimientos que ocurrieron después. Hasta mandamos allí al *impetuoso* Sr. Gómez-Baquero y al *heroico* Marqués de Valdeiglesias, para que decidiesen la victoria. ¡Y qué poco nos lo agradecen...!

De la guerra interna

El Sr. Alcalá Zamora y el Sr. Silvela, han firmado una tregua, que algunos optimistas suponen un primer paso para poder llegar a la honrosa paz. ¡Así sea!

El Sr. García Prieto — dicen los íntimos — recibió la noticia con lágrimas de emoción.

Mientras tanto, las subsistencias suben, el carbón falta, y los trenes o no andan, o chocan.

El hombre que asesinó

En Sevilla, la ciudad de la gracia, el imperio del buen humor, puso, esta vez, su cátedra el asesinato. ¿Hay nada tan próximo a la gracia que la desgracia, a la eterna tragedia como el sainete del día?

Un obrero paradójico (que se llama Domingo y Cortés), asesinó a la hora del desayuno a su esposa, y "puesto a ello", asesinó también a dos hijos, lo intentó con otros dos que huyeron, e hirió a dos transeuntes... ¡Un asesino laborioso y con aptitudes! Otro hubiera empleado, en un vulgar homicidio, acaso, una hora; él despachó elegantemente a tres "durante unos minutos".

He aquí el "asesinato como una de las bellas artes"; admiremos a este gran "artista en crímenes".

Y ahora la prensa — siempre piadosa — opina que se trata de un "caso patológico". Ya tiene preparada su labor *humanitaria* el abogado defensor. Luego, ¿para qué está el Jurado? En Valencia, acaba de realizar una de sus proezas... ¡Que le echen a la calle, puesto que está loco! Mas, para ese día, velemos por el inocente, pidiendo al Ayuntamiento de Sevilla, para este gran artista, un puesto en el matadero.

¿Arte?

Luego de una exposición mística, el Sr. Conde de las Almenas — "gran amigo del arte" — organiza otra exposición taurófila. El gesto dolorido de los crucifijos interesa, al señor Conde de las Almenas, tanto como el espasmo alegremente cruel de las multitudes que acuden a presenciar el sacrificio de Ballesteros... el hambre y la orfandad en la cruz de un toro.

En este caso, el Sr. Conde de las Almenas es un hombre representativo del pueblo español. El gladiador... la horca... los toros... La exposición se celebra — naturalmente — en la Biblioteca Nacional. Un cartel andrógino la anuncia...

Como se ve, la aristocracia española, cuando no permanece inactiva, nos honra.

Electorerías

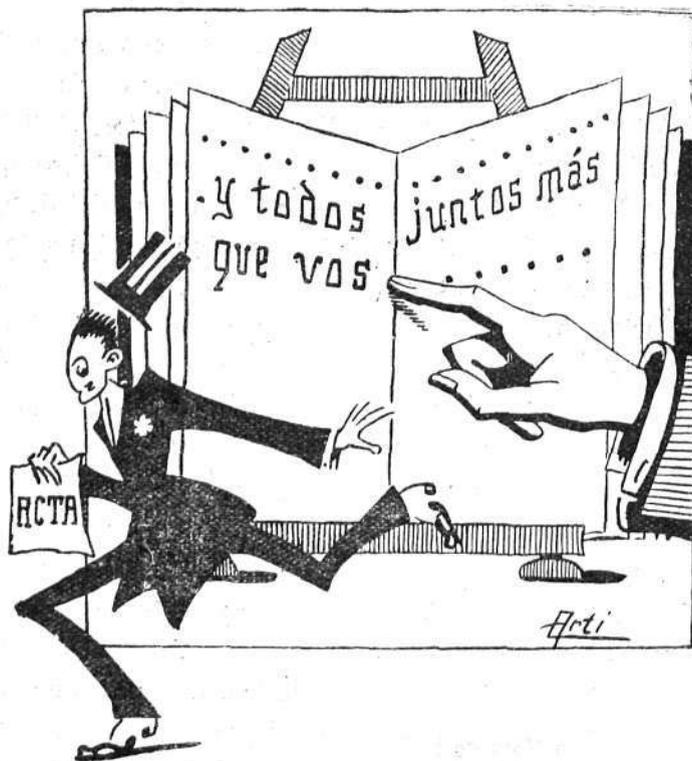
Gedeón no ha constituido aún su "Lliga", pero es sabido que luchan, por varios distritos de la Península, amigos suyos y émulos.

He aquí las genialidades de uno de ellos, según telegrama de Salamanca, que publica *La Tribuna*:

“Se dice que el Sr. Unamuno llegó a un pueblo en viaje electoral, acompañado de un amigo, y como el secretario del Ayuntamiento le preguntara si quería muchos votos, contestó:

—Yo no pido ninguno. Lo mismo me da pocos que muchos, pues yo no me presento, sino que son otros los que me presentan.,

¡Qué grande!... ¿Por qué no tendrá tanto talento mi contrincante de Albacete? — pensará el Sr. Cánovas Cervantes.



El triunfo del candidato, por Arti.

FÁBRICA DE ARTÍCULOS DE PIEL

**ESPECIALIDAD EN ENCARGOS
::: OBJETOS PARA REGALOS :::**

CASA FUNDADA
EN 1846

E. LOEWE

PROVEEDOR
DE LA REAL CASA

CASA CENTRAL EN MADRID

Príncipe, 39, teléf. 1810. Apartado de Correos 319

SUCURSAL EN BARCELONA

Fernando, 30.



IDEAL MESA DE CAMA Y BIBLIOTECA

formada por un tablero de 61 por 46 centímetros, que sube o baja a voluntad y se inclina instantáneamente a cualquier ángulo deseado, desde el horizontal al vertical; con soportes plegadizos para libros, y otro tablero, de 33 por 22 centímetros, que sirve de pequeño atril

o mesa auxiliar

Es el mueble más útil que se ha inventado. Construcción científica de tubos de acero. Peso con embalaje,

15 kilos

PRECIO: 68 PESETAS

L. ASIN PALACIOS

Preciados, 23, Madrid.

Banco Alemán Transatlántico, Barcelona-Madrid.

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

Caballero de Gracia, 60

MADRID



Soldaditos de plomo.

RENOVACION ESPAÑOLA



20 céntimos.

COLABORADORES

Pío Baroja.—Jacinto Benavente.—Adolfo Bonilla y San Martín.—Julio Casares.—Julio Cejador.—Eugenio D'Ors.—Concha Espina de Serna.—Ricardo León.—Condesa de Pardo Bazán.—Julio Puyol.—Rafael López de Haro.—Francisco Rodríguez Marín.—José María Salaverría.—Rafael Salillas.

REDACTORES

Política interior. Quintiliano Saldaña.—**Música,** Eduardo López Chávarri.—**Medicina,** Dr. Sánchez de Rivera.—**Filología,** P. A. Martín Robles.—**Educación nacional,** Eloy Luis André.—**Caricatura,** «K-Hito» y «Kilóm».—**Política exterior,** Manuel Palacios Olmedo.—**Arte,** Margarita Nelken.—**Viajes,** León Martín Granizo.—**Economía,** Martín de Paul.—**Enseñanza,** Luis Jiménez Asúa.—**Guerra,** «Zeppelin».—**Bibliografía,** José Antón y Pedro Sáinz.—**Teatros,** «Don Lope».—**Revista de revistas,** Cayetano Alcázar.

SUSCRIPCION: España: año, 10 pesetas.—Extranjero: año, 15 pesetas.

Redacción y Administración:
San Bernardo, 124, teléfono 2.188. Madrid.